

### *Embajadores de Cristo y el ministerio de la reconciliación*

Lectura bíblica: 2 Co. 5:16—6:2, 11-13

Día 1

#### **I. Los ministros del nuevo pacto son embajadores de Cristo (2 Co. 5:20a; Ef. 6:20):**

- A. Un embajador de Cristo es uno que representa a Dios, la máxima autoridad del universo:
1. Dios dio a Cristo toda potestad en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18).
  2. Jesús es el Cristo —el Señor de todos, el Rey de reyes y el Señor de señores— la máxima autoridad (Hch. 2:36; 10:36; 1 Ti. 6:15; Ap. 17:14; 19:16).
  3. El Señor necesita que haya algunos embajadores en la tierra que estén capacitados para representarle (Mt. 28:19).
  4. Un ministro del nuevo pacto es uno que ha sido investido con la autoridad celestial para representar la máxima autoridad (2 Co. 3:6; 5:20):
    - a. Los apóstoles fueron comisionados para representar a Cristo a fin de llevar a cabo el propósito de Dios (Mt. 10:40; Jn. 13:20; Gá. 4:14b).
    - b. Todos los miembros del Cuerpo de Cristo son representantes de la Cabeza, es decir, son Sus embajadores (Hch. 9:6, 10-17; 22:12-16).
- B. Pablo, como embajador de Cristo, era “el Dios operante”, esto es, “Dios en funciones” (2 Co. 1:3-4, 12, 15-16; 2:10; 10:1; 11:2):
1. Pablo era uno con Cristo, de modo que era el Dios operante, o sea, Dios en funciones, al consolar a los creyentes (1:3-4).
  2. Pablo se condujo con la sencillez de Dios, pues fue imitador del Dios sencillo y vivió a Dios (v. 12).
  3. La visita de Pablo a los corintios fue la visita de Dios como gracia (vs. 15-16).
  4. Pablo, en la persona de Cristo, perdonó un asunto específico (2:10).
  5. Pablo rogó a los creyentes por la mansedumbre y ternura de Cristo (10:1).
  6. Pablo celó a los santos con el celo de Dios (11:2).

Día 2

#### **II. Como embajadores de Cristo, los ministros del nuevo pacto llevan a cabo el ministerio de la reconciliación (5:18-20; 6:1):**

- A. Los apóstoles fueron autorizados por Cristo para que lo representaran llevando a cabo la obra de la reconciliación (5:18, 20).
- B. El ministerio de la reconciliación no consiste únicamente en hacer que los pecadores se vuelvan a Dios, sino también en hacer que los creyentes sean introducidos totalmente en Dios y en hacerlos totalmente uno con Él.
- C. Se requieren dos pasos para que los hombres sean plenamente reconciliados con Dios:
1. El primer paso consiste en reconciliar a los pecadores con Dios, separándolos del pecado (v. 19):
    - a. Con este propósito Cristo murió por nuestros pecados, para que pudiéramos ser perdonados (1 Co. 15:3).
    - b. Cristo llevó nuestros pecados sobre la cruz para que éstos fueran juzgados por Dios (1 P. 2:24).
  2. El segundo paso consiste en reconciliar con Dios a los creyentes que viven en la vida natural, separándolos de la carne (2 Co. 5:20):
    - a. Con este propósito Cristo murió por nosotros, las personas, a fin de que vivamos para Él en la vida de resurrección (vs. 14-15).
    - b. Cristo fue hecho pecado por nosotros, para que el pecado fuera juzgado y quitado de en medio (v. 21; Ro. 8:3).
  3. Estos dos pasos de la reconciliación son representados por los dos velos del tabernáculo (Éx. 26:37, 31-35; He. 9:3; Mt. 27:51; He. 10:19).
- D. Si hemos de llevar a cabo el ministerio de la reconciliación, debemos identificarnos con el Cristo crucificado (2 Co. 5:14; Gá. 2:20a; 5:24; 2 Co. 4:10-12).
- E. Los corintios seguían viviendo en la carne, es decir, en el alma, en el hombre exterior, en el ser natural (1 Co. 3:1; 2:14):
1. El velo de la carne, el hombre natural, los separaba de Dios.

Día 3

2. Pablo laboraba con miras a rasgar el velo de la carne, un velo separador, para que los creyentes de Corinto entraran al Lugar Santísimo (He. 10:19-20).

F. Sólo cuando hemos sido plenamente reconciliados con Dios somos plenamente salvos (2 Co. 6:1-2; Ro. 5:10; He. 7:25).

G. El grado al que podemos traer a otros a Dios e introducirlos en Él siempre lo determina dónde estamos nosotros con respecto a Dios; cuanto más estamos en Dios, más podremos reconciliar con Dios a otros e introducirlos en Él (2 Co. 12:12a; 5:20).

*Día 4* **III. El ministerio de la reconciliación nos trae de regreso a Dios, a tal grado, que somos hechos justicia de Dios en Cristo (v. 21):**

A. No solamente somos justificados por Dios (Gá. 2:16), sino que realmente llegamos a ser la justicia de Dios.

B. Cuando Cristo murió en la cruz como nuestro Sustituto, Dios no sólo le consideró como Aquel que llevó nuestro pecado, sino como el pecado mismo; ahora, en resurrección, Cristo entra en nosotros como vida, y esta vida vive dentro de nosotros y nos constituye la justicia de Dios.

C. En la sustitución, Cristo fue hecho pecado por nosotros; ahora, mediante la constitución, nosotros somos hechos justicia de Dios en Él (2 Co. 5:21):

1. La frase *en Él* significa en unión con Cristo, no sólo en cuanto a posición sino también orgánicamente, en resurrección.

2. Cuando Cristo murió en la cruz, Dios lo condenó en la carne como pecado por nosotros (Ro. 8:3; Jn. 3:14), a fin de que nosotros pudiéramos ser uno con Él en Su resurrección y así ser hechos justicia de Dios; por lo tanto, estando en la unión orgánica con Cristo somos hechos justicia de Dios.

D. Llegar a ser justicia de Dios en Cristo es cuestión de estar bien con Dios en nuestro ser; esto es, que nuestro ser interior sea transparente y resplandeciente como cristal, a saber, que nuestro ser interior permanezca en la mente y voluntad de Dios (2 Co. 5:21).

*Día 5* **IV. Ser reconciliados plenamente con Dios hará que nuestros corazones sean ensanchados; la medida en que nuestro corazón sea ensanchado depende del grado de nuestra reconciliación con Dios (v. 20; 6:11-13).**

*Día 6* **V. Mediante el ministerio de la reconciliación, somos incorporados al Dios Triuno procesado y consumado a fin de llegar a ser, en Cristo, una incorporación divino-humana universal y agrandada; como resultado de ello, llegamos a ser el santuario de Dios, Su morada, Su Lugar Santísimo: la Nueva Jerusalén (Jn. 14:20, 23; Ap. 21:2, 10, 16).**

*Alimento matutino*

**2 Co. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, 5:20 exhortándoos Dios por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.**

**Gá. ...Me recibisteis como a un ángel de Dios, como a 4:14 Cristo Jesús.**

**Mt. Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad 28:18 me ha sido dada en el cielo y en la tierra.**

**Ap. Harán guerra contra el Cordero, y el Cordero los 17:14 vencerá, porque El es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con El, los llamados y escogidos y fieles, también vencerán.**

La frase “así que”, en el versículo 20, une este versículo con el pasaje anterior. Según el versículo 20, los embajadores de Cristo son uno con Dios; son semejantes a Dios y exhortan como Dios. La palabra de ellos es la palabra de Dios, y lo que ellos hacen es la acción misma de Dios. Además, la expresión “en nombre de Cristo” significa “en representación de Cristo”. Como representantes de Cristo, los apóstoles eran embajadores de Cristo. En la actualidad, un embajador es una persona autorizada para representar a su gobierno. Asimismo, los apóstoles eran autorizados por Cristo para representarle y realizar la obra de la reconciliación.

La forma en que Pablo redactó 2 Corintios 5:20 no es común. Después de decir: “somos embajadores”, él declara: “exhortándoos Dios por medio de nosotros”. Pablo parecía decir: “Somos embajadores de Cristo y estamos realizando una obra de reconciliación. Es como si Dios les exhortara por medio de nosotros. Nosotros somos uno con Cristo y uno con Dios. Cristo es uno con nosotros, y Dios también es uno con nosotros. Por tanto, Dios, Cristo y nosotros, los apóstoles, todos somos uno”. El ministerio del nuevo pacto es un ministerio en el que Dios, Cristo y los ministros son uno. (*Life-study of 2 Corinthians*, págs. 321-322)

*Lectura para hoy*

El apóstol Pablo era un embajador de Cristo y, como tal, representaba a la autoridad más elevada. El gobierno de los Estados Unidos envía embajadores a diferentes países, y ellos representan en el exterior al gobierno de los Estados Unidos.

Dios es la máxima autoridad de este universo y le dio a Cristo toda potestad en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18). Dios nombró a Cristo como Rey de reyes y Señor de señores (1 Ti. 6:15; Ap. 17:14). Jesús es el Cristo, el Señor de todos. Él es la máxima autoridad, y por tanto, Él necesita que haya algunos embajadores en la tierra que estén capacitados para representarle. Los ministros del Señor no son predicadores ni maestros solamente, sino que han sido investidos con la potestad celestial para representar a la máxima autoridad de todo el universo. Así que, primero tenemos que ser capturados por Cristo, y luego debemos llegar a ser Sus representantes sobre la tierra, a fin de relacionarnos con las naciones terrenales en calidad de embajadores.

Algunos cristianos imprimen tarjetas de presentación con la frase: “Embajador de Cristo” ... Todos debemos ser embajadores de Cristo en esta tierra. No solamente debemos ser Sus cautivos, sino también embajadores que representen Sus intereses en la tierra. Quizás algunos piensen que esto es demasiado elevado; las hermanas posiblemente se pregunten cómo ellas, siendo vasos débiles, pueden ser embajadores de Cristo que representen la autoridad más alta de la tierra. No importa si usted es un hermano o una hermana: todos somos miembros del Cuerpo de Cristo. Cristo es la Cabeza, la máxima autoridad, y nosotros, los miembros de Su Cuerpo, debemos ser Sus representantes, Sus embajadores. No piense que usted es pequeño o demasiado débil, pues ser un embajador no depende de eso; más bien, deberíamos ser aún más débiles, esto es, débiles en Cristo (2 Co. 13:4). (*La autobiografía de una persona que vive en el espíritu*, págs. 49-50)

*Lectura adicional: Ibíd., cap. 6; Life-study of 2 Corinthians, mensajes 14, 37*

**Iluminación e inspiración:** \_\_\_\_\_

---



---



---



---



---



---



---



---



---



---

*Alimento matutino*

**2 Co. A saber, que en Cristo Dios estaba reconciliando 5:19-20 consigo al mundo, no imputándoles a los hombres sus delitos, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, exhortándoos Dios por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.**

**15 Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió por ellos y fue resucitado.**

En 2 Corintios 5:19 y 20 se menciona que hay dos pasos para que los creyentes sean plenamente reconciliados con Dios. El primer paso consiste en reconciliar a los pecadores con Dios, separándolos del pecado (v. 19). Fue con este propósito que Cristo murió por nuestros pecados (1 Co. 15:3), para que Dios nos los perdonara. Éste es el aspecto objetivo de la muerte de Cristo. En este aspecto, Él llevó nuestros pecados en la cruz y murió allí por ellos. El segundo paso de la reconciliación consiste en reconciliar con Dios a los creyentes que viven en la vida natural, apartándolos de la carne (2 Co. 5:20). Fue por este propósito que Cristo murió por nosotros —personas naturales— a fin de que vivamos para Él en la vida de resurrección (2 Co. 5:14-15). Éste es el aspecto subjetivo de la muerte de Cristo. En este aspecto, Él fue hecho pecado por nosotros para que nosotros seamos juzgados y terminados por Dios, a fin de que lleguemos a ser justicia de Dios en Él (v. 21). Mediante estos dos aspectos de Su muerte, Él reconcilió completamente a los creyentes con Dios. (*The Conclusion of the New Testament*, pág. 1585)

*Lectura para hoy*

Estos dos pasos de la reconciliación están representados por los dos velos del tabernáculo en el Antiguo Testamento. El primer velo es llamado “la cortina” (Éx. 26:37). Un pecador era llevado a Dios por medio de la reconciliación de la sangre propiciatoria para entrar al Lugar Santo, al pasar por la cortina. Esto representa el primer paso de la reconciliación. Pero el segundo velo (Éx. 26:31-35; He. 9:3) aún lo separaba de Dios, quien estaba en el Lugar Santísimo. Este velo tenía que ser rasgado para que él pudiera ser

llevado a Dios en el Lugar Santísimo. Éste es el segundo paso de la reconciliación. En la etapa progresiva de la salvación completa que Dios efectúa, somos reconciliados con Él en el segundo paso.

El segundo paso de la reconciliación es más profundo que el primero, ya que éste no toma lugar en el atrio, fuera del tabernáculo, sino dentro del Lugar Santo, dentro del tabernáculo. Esta clase de reconciliación no ocurre de una vez y para siempre, sino que se lleva a cabo continuamente. Si considera su experiencia, se dará cuenta de que no importa por cuánto tiempo usted haya sido un cristiano que busca más del Señor, en lo profundo de su ser todavía tiene el sentir de que está separado de la presencia de Dios por algo, principalmente por su vida natural, su viejo hombre, su yo. Quizás usted sea muy bueno, amable, piadoso, “santo” y “espiritual”; no obstante, usted sabe que hay algo que aún lo separa de la presencia de Dios. Todavía no es uno con Él por completo, ni está en total armonía con Él. Debido a que usted aún está separado de Dios, necesita experimentar la segunda etapa de la reconciliación. Es necesario que aplique la muerte subjetiva de Cristo en su situación, o sea, debe aplicar la muerte subjetiva de Cristo a su propia vida natural. Al aplicar dicha muerte, la vida natural de usted es crucificada, rasgando así el velo que lo separaba de la presencia de Dios, quien está en su interior.

Si somos honestos y sinceros con Dios en nuestra búsqueda de Él, nos daremos cuenta que ésta es nuestra situación. Ésta es la razón por la que frecuentemente comenzamos nuestra oración confesando ... Esto es experimentar el rasgar del velo dentro de nosotros para que, al rasgarse el velo de la vida natural, podamos ser reconciliados con la presencia interior de Dios el Padre.

A fin de que podamos ser reconciliados con Dios al máximo, el Padre pone al descubierto nuestra vida natural y nos revela nuestra verdadera situación. Como resultado de ello, condenamos nuestro ser natural y aplicamos la cruz subjetivamente. Entonces, mientras nuestro hombre natural es crucificado, experimentamos el segundo paso de la reconciliación. En este paso, el velo de nuestra vida natural es rasgado para que vivamos en la presencia de Dios. (*Ibíd.*, págs. 1585-1587)

*Lectura adicional: Ibíd.*, mensaje 146; *Life-study of 2 Corinthians*, mensajes 14, 37

**Iluminación e inspiración:** \_\_\_\_\_  
 \_\_\_\_\_  
 \_\_\_\_\_

*Alimento matutino*

**2 Co. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos 4:11 entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.**

**Gá. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no 2:20 vivo yo, mas vive Cristo en mí...**

**5:24 Pero los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias.**

Hemos visto que [en el tabernáculo] tanto el velo como la cortina estaban unidos a las columnas. Esta unión implica identificación. El velo se identifica con las [cuatro] columnas, y las columnas se identifican con el velo. Dijimos que el velo es Cristo. No obstante, las columnas que sostienen el velo no pueden ser Cristo mismo, ya que éstas son más de una, mientras que Cristo es uno solo. Esto también es cierto en cuanto a la cortina y sus cinco columnas. Tanto las cinco columnas como las otras cuatro se refieren a creyentes. Esto significa que Cristo se identifica con nosotros, y que nosotros también estamos identificados con Él. Cuando nos unimos a Cristo y nos identificamos con Él, llegamos a ser las columnas. (*Estudio-vida de Éxodo*, pág. 1143)

*Lectura para hoy*

Las columnas que sostienen la cortina son los evangelistas, los predicadores valientes que están frente a la iglesia. Las demás columnas están dentro de la iglesia, en la recámara interior. Estos son aquellos, especialmente los ancianos, que experimentan a Cristo de manera más profunda. Ellos se unen diariamente al velo rasgado, al velo partido, esto es, al Cristo que fue terminado en Su carne. Debido a que ellos están sujetos a tal Cristo, dan testimonio de que ellos mismos han sido terminados y que su carne ha sido crucificada. Por lo tanto, ellos llegan a ser columnas, no al frente de la iglesia, sino adentro.

En la actualidad, en el recobro del Señor necesitamos ambas clases de columnas. Necesitamos a los evangelistas que están frente a la vida de iglesia predicando a Cristo fervientemente, proclamando a todos que Cristo murió por sus pecados. Pero

también necesitamos a las columnas que están en el interior, aquellos que se dan cuenta de que Cristo no sólo murió por sus pecados, sino que también murió por ellos y con ellos, y que son ellos quienes darán testimonio de que han sido crucificados con Cristo y que su carne ha sido quebrantada y rasgada.

¿Sabe usted por qué muy pocos han entrado a la vida de iglesia? Porque carecemos de columnas que estén unidas e identificadas con el Cristo juzgado y el Cristo crucificado. Necesitamos columnas que den testimonio del Cristo que murió por nuestros pecados y necesitamos columnas que también den testimonio de que Él murió por nosotros. Cuando tengamos estas dos clases de columnas, tendremos las entradas para que los pecadores sean salvos y traídos a la morada de Dios y para que luego sean terminados a fin de que entren en el Lugar Santísimo y disfruten a Dios mismo en Su plenitud. Entonces tendremos la vida de iglesia como el tabernáculo para el testimonio de Dios.

Todos debemos sujetarnos al Cristo juzgado y crucificado. Entonces no sólo seremos tablas sino también columnas. Tanto las tablas como las columnas tienen su función. Pero, si sólo fuéramos tablas, no necesitaríamos estar unidos al Cristo juzgado y crucificado. Sin embargo, si somos columnas, debemos estar sujetos de manera especial, ya sea al Cristo juzgado o al Cristo crucificado. La iglesia es edificada con las tablas y con las columnas. Pero son las columnas las que abren el camino y forman la entrada para que otros entren a la vida de iglesia, el tabernáculo de Dios, Su morada. (*Ibíd.*, págs. 1143-1145)

*Lectura adicional: Ibíd.*, mensajes 99-103; *Life-study of 2 Corinthians*, mensajes 14, 37, 39

**Iluminación e inspiración:** \_\_\_\_\_

---



---



---



---



---



---



---



---



---



---

*Alimento matutino*

**2 Co. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo 5:21 pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él.**

**Ro. Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era 8:3 débil por la carne, Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado y en cuanto al pecado, condenó al pecado en la carne.**

Finalmente, los creyentes son hechos la justicia de Dios en Cristo (2 Co. 5:21b). Esto significa que los creyentes llegamos a ser justos no sólo en nuestras acciones y conducta, sino también en nuestro ser. Dios desea tener un grupo de personas en la tierra que no sólo sean personas justas; Él quiere personas que, a los ojos de Dios, del diablo, de los ángeles y de los demonios, sean la justicia misma de Dios. Ser hechos justos delante de Dios es una cosa; pero ser hechos justicia de Dios es otra. Al forjarse Cristo en nosotros como justicia de Dios (Ro. 5:19b), somos hechos justicia de Dios en Cristo.

Cristo no conoció el pecado ni por contacto directo ni por experiencia personal. No obstante, Cristo fue hecho pecado (no pecaminoso) por nosotros, para que Él fuera juzgado por Dios (Ro. 8:3) a fin de que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él. (*The Conclusion of the New Testament*, pág. 1584)

*Lectura para hoy*

Cristo no sólo murió en la cruz por nuestros pecados, sino que Dios también lo hizo pecado por nosotros. Nosotros no sólo éramos pecaminosos, sino que éramos el pecado mismo. Éramos la constitución del pecado y su misma corporificación. Cuando Cristo murió en la cruz como nuestro Substituto, Dios no sólo le consideró como Aquel que llevó nuestro pecado, sino como el pecado mismo. Ahora, en resurrección, Cristo entra en nosotros como vida, y dicha vida vive dentro de nosotros y nos constituye la justicia de Dios. En la sustitución, Cristo fue hecho pecado por nosotros; ahora, mediante la constitución, nosotros somos hechos justicia de Dios en Él.

La frase “en Él”, en 2 Corintios 5:21, significa en unión con

Cristo, no solamente en cuanto a posición, sino también orgánicamente, en resurrección. Anteriormente, éramos enemigos de Dios (Col. 1:21), al ser pecado, lo cual provino de aquel que se rebeló contra Dios. Cristo fue hecho pecado por nosotros al llegar a ser uno con nosotros mediante la encarnación. Cuando Él murió en la cruz, Dios lo condenó en la carne como pecado por nosotros, a fin de que fuésemos hechos uno con Él en Su resurrección, para ser hechos la justicia de Dios. Por tanto, en esta unión orgánica con Cristo somos hechos justicia de Dios. Esto significa que no sólo llegamos a ser justos, sino que somos la justicia de Dios. No sólo llegamos a ser personas justas; llegamos a ser la justicia misma del propio Dios. (*Ibid.*, págs. 1584-1585)

Muchos cristianos tienen el concepto de que cuando hacemos algo malo, estamos mal con Dios. Este concepto que tenemos de la justicia es demasiado superficial, pues aun cuando no hagamos nada malo, es posible que no estemos bien con Dios, debido a que nuestro ser quizás no esté en conformidad con la mente y la voluntad del Señor. Aparentemente, no hemos hecho nada malo; sin embargo, es posible que todo nuestro ser no esté bien con Dios. Tal vez nuestro ser no concuerde con la mente del Señor, y lo que hagamos quizás no sea Su voluntad. Mientras no hagamos la voluntad de Dios, no estaremos bien; de hecho, estaremos desperdiciando nuestra vida y todo lo que el Señor nos ha dado.

Si el Espíritu vivificante se infunde en usted y lo satura, su ser interior se volverá transparente. Entonces usted sabrá lo que hay en la mente del Señor. También entenderá la voluntad del Señor y, espontáneamente, andará en Su voluntad y la llevará a cabo. Como resultado de esto, usted llegará a estar bien con Él. Además, sabrá cómo debe actuar con otros y aun cómo debe administrar sus posesiones materiales. Entonces llegará a ser una persona justa, una persona que está bien tanto en las cosas pequeñas como en las cosas grandes, alguien que tiene una relación correcta con Dios, con los demás y consigo mismo. Tal persona expresa a Dios, pues su justicia es la imagen misma de Dios: Dios expresado. (*Life-study of 2 Corinthians*, págs. 242-243)

*Lectura adicional: Ibid.*, mensajes 27, 37, 39; *The Conclusion of the New Testament*, mensaje 146

**Iluminación e inspiración:** \_\_\_\_\_  
 \_\_\_\_\_  
 \_\_\_\_\_

**Alimento matutino**

**2 Co. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, 5:20 exhortándoos Dios por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.**

**6:11-13 Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha ensanchado. No estáis estrechos en nosotros, pero sí sois estrechos en vuestro interior. Pues, recíprocamente en pago (como a hijos hablo), ensanchaos también vosotros.**

Me gustaría pedirles que consideren ... todos los asuntos que abarca Pablo en 6:3-10. Si tenemos todas estas características y cualidades, tendremos un corazón grande. Exteriormente, tal vez seamos muy pequeños, pero nuestro corazón será tan grande como el océano. Pero si no poseemos estas cualidades, tendremos un corazón muy pequeño. Tal vez nos consideremos grandes, pero tendremos un corazón sumamente estrecho. Por ejemplo, nuestra actitud quizás sea que si alguien comete un error, no debemos tener nada que ver con él, a menos que se arrepienta. Ésta es una señal de estrechez. También es una indicación de que no podemos reconciliar a otros con Dios, porque nosotros mismos no hemos sido plenamente reconciliados con Él. Nuestra estrechez es una clara indicación de que hemos sido reconciliados con Dios sólo parcialmente y de que el porcentaje en que hemos sido salvos es bastante bajo. La anchura de nuestro corazón depende del grado en que hemos sido reconciliados con Dios. (*Life-study of 2 Corinthians*, pág. 369)

**Lectura para hoy**

Una vez que un hermano ha sido ofendido por su esposa, quizás no olvide jamás la ofensa, ni perdone jamás a su esposa. Por supuesto, muchas esposas son idénticas. Lo que le diría a un hermano recién casado y a su esposa es lo siguiente: “Hermana, haga todo lo posible por no ofender a su marido, porque si lo ofende, quizás le tomará muchos años para que la perdone. Hermano, no piense que su esposa es un ángel. Ella ciertamente no es un ángel. Además, usted debe amarla siempre. Si deja de expresarle el amor que siente por ella, ella tal vez se ofenda y recuerde esta falta por mucho tiempo”. Uso esto como otro ejemplo de lo que es tener un corazón estrecho.

Todos los hermanos y hermanas casados deben ensanchar

su corazón. Hermanos, ¿los ha ofendido su esposa? Les exhorto a que lo olviden. Si usted es capaz de perdonar una ofensa y olvidarla, eso muestra que usted ha llegado a ser una persona ensanchada, una persona de corazón amplio.

Cuando alguien lo ofende, ¿está usted dispuesto a perdonarlo? En realidad, perdonar es olvidar. Quizás en lugar de hablar acerca de perdonar, deberíamos hablar de olvidar. Entonces el marido diría a su esposa: “Querida, olvidémonos de esa ofensa”. Olvidar es perdonar de verdad.

Tanto en nuestra vida familiar como en la vida de iglesia, tal vez nos hemos sentido ofendidos muchas veces. ¿Conserva usted una lista de todas las ofensas? ¿Se acuerda de cómo su cónyuge lo ofendió, o de cómo fue ofendido por cierto anciano? ¿Se acuerda de todas las ofensas causadas por los santos? Deberíamos perdonar y olvidar todas las ofensas. Tal vez perdonemos, pero es posible que nos resulte difícil olvidar. Esta dificultad para perdonar y olvidar se debe a que nuestro corazón no ha sido debidamente ensanchado. Por tanto, vemos una vez más que nuestro corazón debe ser ensanchado. Ser plenamente reconciliados y salvos hará que nuestros corazones sean verdaderamente ensanchados.

En 2 Corintios 6 y 7 vemos la obra de la reconciliación que Pablo lleva a cabo, y en los capítulos ocho y nueve, vemos la ministración a los santos necesitados. Sin la reconciliación descrita en los capítulos seis y siete, no se podría llevar a cabo la ministración a los santos necesitados que se presenta en los capítulos ocho y nueve. Por tanto, la ministración descrita en dichos capítulos es el resultado de la obra de reconciliación mencionada en los capítulos anteriores. Esto significa que si deseamos llevar a cabo una ministración adecuada a los santos necesitados, debemos reconciliarnos con Dios, volviéndonos plenamente a Él. Debemos ser personas que viven en Dios, que no permiten que haya ninguna separación entre nosotros y Dios. La ministración a los santos necesitados descrita en los capítulos ocho y nueve es extraordinaria. Si queremos experimentar esta extraordinaria ministración, una ministración a los santos necesitados de otras partes del mundo, necesitamos llevar una vida plenamente reconciliada con Dios. (*Ibíd.*, págs. 370, 398-399)

*Lectura adicional: Ibíd.*, mensajes 42, 46

**Iluminación e inspiración:** \_\_\_\_\_  
 \_\_\_\_\_  
 \_\_\_\_\_

*Alimento matutino*

**Cnt. Hermosa eres tú, oh amor mío, como Tirsa; encantadora como Jerusalén; imponente como ejércitos con banderas.**

**Jn. En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en 14:20 Mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros.**

**23 Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.**

La manera en que el hermano Nee interpretó Cantar de Cantares incluye dos llamamientos a la cruz: el llamamiento a que la cruz quebrante el yo (Cnt. 2:14), y el llamamiento de una cruz más intensa que anule la carne de modo más profundo. El yo llega a ser un muro de introspección que recluye de la presencia de Cristo a la que buscaba al Señor. Por tanto, se requiere que la buscadora permanezca en la cruz por el poder de la resurrección de Cristo para que sea librada del yo. Después, vemos que en el santuario se encuentra el velo de la carne. Así que, se necesita un llamamiento más elevado a experimentar una cruz más intensa que elimine nuestra carne. Éste es el significado escondido e intrínseco de dicho libro.

Descubrimos esto en nuestra vida matrimonial. ¿Quién puede, en su vida matrimonial, llevar un vivir en el que su yo no sea el centro? Por eso debemos ser llamados a ir a las grietas de la peña y a lo escondido de escarpados parajes y permanecer allí. Además, la vida matrimonial pone nuestra carne al descubierto. Por eso necesitamos una cruz más intensa. La interpretación del hermano Nee, sin duda, se basa en su entendimiento de la situación intrínseca de este romance. (*Estudio de cristalización de Cantar de Cantares*, págs. 102-103)

*Lectura para hoy*

Mediante estos dos pasos de la obra de la cruz, llegamos a ser el santuario de Dios. Este santuario es el Lugar Santísimo, el cual es Dios mismo. Cuando entramos en el Lugar Santísimo, entramos en Dios. Entonces llegamos a ser el propio santuario. En este sentido, llegamos a ser Dios. Luego vemos que la sulamita llega a ser una réplica de Salomón. Esto es una

figura que alude a nosotros mismos como réplicas de Cristo, quien es la corporificación de Dios. Por consiguiente, los muchos amadores de Cristo finalmente llegan a ser las réplicas de Dios en vida y en naturaleza, pero no en la Deidad. Éste es el cumplimiento de que Dios llegó a ser hombre para que el hombre llegue a ser Dios, lo cual es la cumbre de la revelación divina.

En Juan 14:23 el Señor Jesús dijo que Él y el Padre vendrían a morar en todo aquel creyente que le amara, para hacer de éste la morada de Dios. Esto es la morada mutua de Dios y el hombre. Efesios 3:17 dice que Cristo hoy hace Su hogar en nuestro corazón. Estos versículos comprueban que el propio Dios a quien seguimos nos hace Su réplica. Hacernos Su réplica es hacernos Su morada, Su Lugar Santísimo.

Finalmente, la amada llega a ser la sulamita y también un imponente ejército con banderas (Cnt. 6:4b, 10b, 13). Al llegar a este punto, la amada de Cristo llega a la etapa de vivir no sólo en la ascensión de Cristo, sino también detrás del velo. El velo es la separación en la morada de Dios, Su santuario. El santuario de Dios es uno solo, pero está separado por un velo. En un lado está el Lugar Santo, y en el otro, el Lugar Santísimo, donde Dios mismo mora en Su Trinidad Divina.

Para Cristo, el velo del templo se rasgó en dos, pero en nuestro caso, Dios permite que el velo permanezca, para que seamos uno con Él. El Lugar Santísimo es Dios mismo como la morada de los vencedores, así que estos dos deben ser uno. En la figura de la amada como la litera en la noche durante la guerra, el vencedor es el lugar de reposo para Cristo. Cristo duerme en esa litera, de modo que los dos son uno. Del mismo modo, la amada como el palanquín y el Señor como jinete llegan a ser uno. En ambas figuras, la amada de Cristo llega a ser la morada para Cristo. Sin embargo, cuando estamos detrás del velo, Dios llega a ser nuestra morada, y nosotros somos los que moran allí. Estos ejemplos indican que estamos en unión con el Dios Triuno. (*Ibíd.*, págs. 103, 113)

*Lectura adicional: Ibíd.*, mensajes 10, 12

**Iluminación e inspiración:** \_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

